

ew2021-13

El tiempo es sabio (*)



Escribidora:
LAURA SOTO
(Lima, 1936)

Melba se casó muy joven con Ruperto, un señor empresario constructor mucho mayor que ella. Tuvieron tres hijos. Vivía contenta.

A su casa llegaban trabajadores, permanentemente. Entre estos jóvenes, una vez, apareció un carpintero llamado Raúl, quien demostró rápidamente ser trabajador, hábil y actuaba con mucho criterio. Don Ruperto (como le decía Raúl) elogiaba sus progresos, le encargó mayores responsabilidades y lo inscribió en varios cursos. Raúl lo tomaba con humildad y agradecimiento. Montó una pequeña empresa de fierros para construcción y así proveer materiales especialmente a la empresa de Ruperto.

Pasaron muchos años y murió Ruperto. Sus hijos, ya jóvenes profesionales, casados, no perdieron la costumbre de consultarle al "Maestro Raúl" variedad de temas de construcción y sobre la casa. Lo querían, lo habían visto desde niños.

Un día, mientras Melba se despedía de su hijo que la había visitado cuando sonó el timbre de la casa. Hubo un momento de silencio y se escuchó:

—Mamá, es el Maestro Raúl... ¡Chau!

Melba sintió extraña esa visita, sobretodo porque si se trataba del tema de construcción, podría haber hablado con su hijo; además notó que los temas de conversación eran triviales, hasta que Raúl le dijo:

—Señora Melbita, vengo por un asunto muy importante para mí.

Ella pensó que la iba a pedir como madrina del matrimonio de su único hijo. Luego de una pausa le dijo:

—Vengo a pedirla en matrimonio.

Melba se quedó perpleja. Al ver su rostro, Raúl atinó a decirle::

—No se preocupe. No me conteste ahora. —Y así se retiró.

Pasado un tiempo, Raúl apareció nuevamente, pero por otro asunto. Viendo papeles en la oficina donde tantos años había compartido con don Ruperto, había encontrado una serie de documentos que podían significar un ingreso de dinero justo e inesperado para Melba.

Así, en las noches venía a darle cuenta de los logros, pero no solo hablaban de papeles, Raúl incluso le daba consejos sobre los hijos, estrechando su amistad y cambiaron el "usted" por el "tú".

Una noche, Raúl se animó y le pidió por segunda vez en matrimonio:

—Melbita, tenemos setenta años, si nos casamos en esta hermosa edad, nos tendremos uno para el otro, caminaremos juntos, nos sentaremos a conversar, a contarnos alegrías y problemas. Nuestros hijos ya no están con nosotros. Quiero ser para ti, una compañía formal. —Y agregó —: Acéptame, yo sé que el tiempo es sabio.

Pasaron cinco años y ahora Melba sin lugar a dudas le dice "¡Soy feliz!".



IMAGEN OBTENIDA EN INTERNET